CAPITULO XXVII.

LAS PIEDRAS RODANDO SE ENCUENTRAN.

LA familia que se abrigaba bajo el techo de doña Atanasia, tenia todas las condiciones necesarias para no vivir en paz; y el único vínculo de union, aparentemente tranquila, el dique que contenia el torrente de todos los disgustos, como sucede en muchas familias, era el bolsillo de D. Fernando.

Un cambio repentino en los asuntos de este buen señor, lo obligó á venir á México para seguir un ruidoso pleito sobre sus intereses; y excusado parece decir que,

supuesto que D. Fernando no era hombre que quitara el dedo del renglon, determinó mover tambien *á la familia.*

Pico, Isolina y doña Atanasia, llegaron á México, donde el destino tenia ya preparada una de esas catástrofes finales que en la vida real marcan los periodos, ó son el término de una historia que pasa desapercibida, y que para el novelista son ese *tableau*, tan necesario desde los griegos, para que el lector ó espectador no se quede abriendo la boca.

Doña Atanasia era una *hoja suelta*, y Pico é Isolina, otras dos *hojas sueltas*.

México es el cauce final, en el que todas las hojas sueltas de bastidores y de otras partes, vienen á encontrarse.

Romero del Campo, (¡Romerotel) y su señora, acababan de llegar tambien.

Don Pepe García era diputado.

El poeta Fuentes habia venido con D. Pepe García.

Don Fernandó tomó un cuarto en el Hotel de Iturbide; Pico, Isolina y doña Atanasia, tomaron una vivienda en una casa de vecindad en la calle del Leon.

Don Pepe García y Fuentes, tomaron un cuarto con dos camas en el Hotel del Refugio, y Romero vivia en una vivienda de la calle del Factor.

Don Fernando vivia solo, comia solo y andaba solo; de dia vestido de negro, y de noche embozado en su capa española.

Romero compró un chaleco rojo en la calle del Refugio numero 7, y una corbata color de yema de huevo con

listas negras; se calzó unos botines de charol primorosamente pespunteados de blanco, obsequio de un ex-telonero á D. Gervasio su patron, se puso un gaban color de yesca, y guantes verdes; se bañó y se hizo rizar el pelo el primer dia, y se soltó por esas calles de Dios, con todo el brio, con toda la visualidad de su orgullo artístico, levantando la frente.

María del Cármen habia aceptado la segunda faz de la artista: quiere decir, no se habia exhibido deslumbrante y abigarrada, sino que habia permanecido en su habitacion en medio de la incuria y el desaseo, como la única prenda sensible entre todas las prendas de su abundante vestuario que llenaba todas las piezas de la casa, cuyas paredes estaban literalmente cubiertas de espadas, trusas, ropillas, mantos, tricornios, pelucas, botas, armaduras, hábitos, mitras, pantalones, crinolinas y todo un mundo de relumbrones y trapisonda que constituye el nido de una dama kaleydescópica.

Los actores revolotean al rededor del teatro, como las palomas á las inmediaciones de la troje, como pululan las hormigas al rededor del dulce; de manera que cuando los actores no hablan, ven, pero en el teatro.

Todo empresario tiene la amabilidad de permitir la entrada el teatro á todos los actores en receso, ó de otro teatro; cordial galantería, que no tanto el empresario como los actores mismos, se esmeran en sostener, concurriendo con solicitud, y con el loable fin de comerse los unos á los otros.

La localidad destinada para el empresario del teatro Nacional entonces, era los palcos segundos vacios de la izquierda.

A las siete y media, D. Gervasio Miguel Romero del Campo y su señora se presentaron en la contaduría del teatro.

—Caballeros, buenas noches.

—Buenas noches, D. Gervasio.

—Mi señora, dijo Romero.

Hubo un movimiento de sombreros en la contaduría, acompañado de un rumor.

—Puede usted pasar á los segundos, dijo el boletero.

—Gracias, dijo Romero; si debo pagar mis asientos.... agregó poniéndose la mano en la bolsa del chaleco.

—No, señor Romero, que disparate; puede usted pasar.

—Gracias, gracias, caballeros, y con su permiso.....

—Vaya usted, vaya usted.

—Muy buenas noches, señor Romero.

—Buenas noches.

Romero se colocó á poco en el palco segundo numero 6. En el palco número 5 estaban Pico, Isolina y doña Atanasia. En el numero 4 estaba la pareja Pintado, aquella figurante á quien le decian *la pelona*, y la característica de la compañía de Romero.

Detras de Pico y de Isolina estaba una figura completamente arrebujada en una capa española.

Debemos retroceder para seguir los pasos de D. Pepe García y de Fuentes, desde la mañana de ese dia.

Lit. Villasana y Cª

Aquí están los SORBETES.

Ni Fuentes ni D. Pepe habian dormido bien; cada uno tenia un mundo en la cabeza, aún eran presa del desvanecimiento de la diligencia y de lo mucho que habian comido en la fonda francesa.

—Buenos dias, Fuentes, dijo D. Pepe á las seis de la mañana, ¿está usted despierto?

—¡Vaya, dijo Fuentes, hace rato!

—¿Qué le parece á usted México?

—¡Muy bonito! ¿y á usted?

—Hombre, si no fuera por el ruido!.....que de gente! que gritos! que de coches! y que de vendimias! No me han dejado dormir en toda la noche.

—Yo creo que hay muchas gentes que no duermen.

—Por lo menos han pasado coches hasta las dos de la mañana.

—¿Qué le pareció á usted la comida, D. Pepe?

—¡Hombre, esas sopas francesas son detestables y sobre todo, muy caras!

D. Pepe y Fuentes tuvieron abundante materia, haciéndose mútuas preguntas sobre sus impresiones, hasta las ocho, hora en que tocaron á la puerta.

—¿Quién? preguntó D. Pepe, que estaba vistiéndose.

—Pase, dijo Fuentes.

La puerta se abrió y entró un oficial de sombrerero, trayendo dos sombreros altos.

—Aquí están los sorbetes.—¿Sorbetes se llaman, no, Don?

D. Pepe García no le llamaba á Fuentes de otro modo, porque se le olvidaba su nombre, siempre le llamaba Don.

—Tambien les dicen cubetas, dijo Fuentes.

—¡Caramba! esclamó D. Pepe, es mucha torre está para un cristiano! ¡A ver!

Y en camisa, como estaba, se puso el sombrero, y se vió al espejo.

Fuentes saltó de la cama, y se probó el suyo.

—Pero, ¿qué, no estará muy alto, Don?

—No, D. Pepe, qué alto; si así los usan todos.

—Oiga, amigo, le dijo D. Pepe al sombrerero; que le corten al mio como cuatro dedos.

A Fuentes le costó trabajo persuadir á D. Pepe á que aceptara el sombrero tal como venia.

Don Pepe pagó, refunfuñando, los diez pesos, y como el criado de la sombrerería se quedara esperando, D. Pepe dijo:

—¡Ah! que amigo! y ahora tambien querrá su gala; pues hombre, en este México me voy á arruinar, ¡ah! como son todos! ninguno dá paso de balde, ¡vaya, ahí está eso y váyase! El criado se fué y D. Pepe continuó:

—Pues yo lo que siento es, no poder ir á la Cámara vestido *como quiera*, porque eso de ponerse el *guandambur* todos los dias y *sorbetorio;* ¿sorbetorio se llama, Don?

—No, Don Pepe: *sorbete*.

—Y luego, que con un aguacero, adios de cinco pesos ¡pues figúrese!..... sobre la seda..... ¿que va á aguantar?

—Para eso hay coches y paraguas.

—Yo traje mi manga de hule por si acaso.

—Pero no se la vaya V. á poner, D. Pepe.

—¡Adios! ¿y por qué?

—¿Con sombrero alto y manga?

—Pues lloviendo.....

—Se reirán de usted.

—¡Pues hombre!..... pues aquí de todo se rien, ¿sabe que son muy risueños en México?

—Es la civilizacion, dijo Fuentes.

—¡Ah que usted!—Y usted que sabe mas de eso, ¿aquí donde rasuran?

—En las peluquerías.

—Pues ahora iremos.

Una hora despues D. Pepe y Fuentes salian del hotel con la firme conviccion de que todos los que pasaban junto á ellos, se fijaban en sus sombreros altos.

—Oiga, Don, ¿no ve como nos miran?

—No haga usted caso.

—Si alguno se rie de mí le pego.

Entraron á la peluquería de Escabasse y se sentaron cada uno frente á un espejo. Un pilluelo aprendiz hizo una seña á sus compañeros mostrándoles el cepillo de la tortura final: los demas aprendices y *oficiales* se dispusieron á presenciar una escena mas animada que las de costumbre.

Los peluqueros, que en materia de pelos son voto de calidad, son los que conocen mejor que nadie le plo dee

la dehesa; y las respectivas melenas de Don Pepe y de Fuentes venian oliendo á pueblo sin poderlo remediar.

El peluquero emprendió la trasformacion con entusiasmo y sin consultar al paciente ni sobre la forma ni sobre la calidad del afeite: despues de la poda le regó la cabeza con agua aromatizada y metió los diez dedos en el bosque talado para domeñar los erizamientos, para aplacar las insurrecciones, y usó del cosmético, del aceite y de la pomada, del peine, y hasta de la media caña, para abatir á los últimos mechones rebeldes.

Aquella batida, aquella tanda de presiones no todas suaves, llegó á persuadir á Don Pepe, de que la civilizacion tiene dolorosas exigencias; pero cuando se vió despojado de la toalla y la bata, cuando el ejecutor le habia pasado el último cepillo, cuando por fin soltó á su víctima, fué cuando Don Pepe estuvo á punto de renunciar al aseo para siempre.

El aprendiz se habia lanzado contra él, cepillo en mano, pero no con un cepillo de cerda, sino con una verdadera escoba de bejucos; y con el objeto de no dejarle pelo ni pelusa, lo barrió de piés á cabeza con una solicitud infernal, con un entusiasmo digno de mejor causa.

Don Pepe esquivaba el rostro por temor á un arañazo de la formidable escoba, que sentia tan pronto por las manos, como por el vientre, por el cuello, por los piés y por todas partes, al grado de parecerle que eran diez ó veinte los muchachos que lo cepillaban; pero por un esfuerzo de amor propio, resistió el chubasco imperturbable, no sin

censusar amargamente en su interior ese bárbaro refinamiento del aseo mexicano.

—Este bruto hará todo esto por que le dé algo, pensaba Don Pepe, aquí es necesario dar á todo el mundo.

—Toma, le dijo al incansable chico dándole un real.

El aprendiz se tranquilizó completamente.

La misma escena se habia efectuado con Fuentes, pero como ninguno de los dos habian vuelto á hablar ni á verse, estaban ignorantes el uno de lo que pasaba al otro.

Ya creían haber dado fin al sacrificio, cuando el peluquero preguntó á Fuentes:

—¿Un poco de aroma?

Fuentes contestó afirmativamente, por el deseo que tenia de saber de todo y por temor de parecer inculto si se negaba, de manera que no comprendió la pregunta pero dijo secamente:

—Sí.

—¿Aroma? le preguntaron á D. Pepe.

Y D. Pepe repitió el sí de Fuentes.

Los dos ejecutores simultáneamente soplaron con el pulverizador á la cara de Fuentes y de D. Pepe.

Fuentes se sostuvo, pero D. Pepe dió un brinco que arrancó una carcajada á los oficiales y aprendices de la peluquería.

El soplador siguió inundando el ambiente de aromas.

D. Pepe se repuso, pero no pudo menos que sacar su mascada para enjugarse la cara.

Hasta entonces D. Pepe y Fuentes pudieron dirijirse

una mirada, mirada intraducible, elocuente, la mirada de dos víctimas.

D. Pepe pagó y tan luego como pudo hablar á Fuentes le dijo:

—¡Como nos han sobado!

Mientras D. Pepe fué á la Cámara, Fuentes se ocupó de hacer varias compras y de ponerse al tanto de los usos y costumbres de la capital.

CAPÍTULO XXVIII.

EN EL CUAL TERMINA LA PRESENTE HISTORIA.

DON Pepe García y Fuentes fueron al teatro: se instalaron bien temprano en sus asientos y no osaron antes de levantarse el telon, ponerse de pié para mirar á la concurrencia: no estaban provistos de anteojos, circunstancia que hizo notar Fuentes á Don Pepe, quien resolvió hacerse de ellos á toda costa al dia siguiente.

En el primer entreacto Fuentes, mas observador que D. Pepe, pudo notar que en los segundos estaba María del Cármen; y lleno de alborozo dijo á D. Pepe:

—Mire usted quien está allí, D. Pepe.